



Ganadores Concurso Día del Libro 2019

¡Quiero leer un cuento!



1º Lugar: El solitario mundo de las consonantes.

Autor: Bernardo A. Castro Sáez.

Dependencia: Departamento Provincial de Valdivia – XIV Región

—¿Qué pasó después?... ¡Vamos abuelo...cuéntanos! — gritaron los niños, haciéndole señas al anciano.

Todas las mañanas, los pequeños niños consonantes, llegaban a la biblioteca para admirar la gran cantidad de libros que allí existía. La mitad de ellos, tenían las hojas en blanco y la otra mitad, sus páginas estaban llenas de consonantes (sus ancestros). Felices, se ponían a ver sus páginas. Cuando trataban de leer, salían extraños y difusos sonidos incomprensibles. Nadie podía leerlos. Era así, desde que se tenía memoria.

Los niños consonantes, habían crecido con su abuelo. Ellos, soñaban con leer y comprender lo que decían esos libros. No habían olvidado las últimas palabras de él, antes de morir: “Leer un libro y hablar con otras consonantes sobre lo que leían, era como escuchar una sinfonía. El universo se expandía y las ideas, caían en una cascada de palabras...era hermoso leer”.

Una noche, cada uno de los niños consonantes soñó con una figura. Cuando los primeros rayos del Sol aparecieron, se levantaron y corrieron hacia la biblioteca, ansiosos por contar sus sueños. Se sentaron en círculo y se miraron en silencio por un largo rato. Nadie se atrevía a contar el sueño, hasta que uno de ellos, se atrevió hacerlo. Tomó un plumón y comenzó a dibujar lo que había soñado. Los demás niños, lo imitaron y también, comenzaron a hacerlo. Mientras dibujaban, las figuras comenzaron a flotar, parecían estrellas fugaces y toda la biblioteca se iluminó de infinitos colores. De pronto, los libros estaban llenos de información. Lo que habían soñado los niños eran, “las vocales” que, al entrar en las páginas de los textos, comenzaron a colocarse entre las consonantes, las tomaron de las manos y comenzaron a aparecer como por arte de magia, las oraciones, los párrafos y las historias que contenían. Ahora, ellos, entendían claramente lo que estaba escrito en esos libros. Aun así, nadie se atrevía a leer; porque, según, la leyenda, el primero que lo hiciera, entregaría ese don a los demás; sin embargo, no podría escuchar las historias que se leyeran. Se quedaría sordo, aunque su inteligencia crecería infinitamente como el universo.



—¡Es un hermoso final..., abuelo! — respondieron los niños, a través de los gestos que hacían con sus manos — ¡lástima que tú no puedas escuchar esa sinfonía, tu sordera te lo impide! — volvieron a decirle con señas, mientras salían corriendo al dormitorio y el anciano, esboza una leve sonrisa

2° Lugar: Pepito

José Esteban Albornoz Gabilán

Dependencia: División Jurídica, Comité de Convenios – Nivel Central.

Pepito tenía un libro, todo lleno de monitos. Miraba sus caras graciosas y le gustaba como todos tenían globitos. Un patito saltaba y un ratoncito sonriente movía sus manitos. Una vaca comía flores y un perro jugaba con una pelota. Su mamá al verlo tan concentrado mirando el libro, le preguntó: “¿Qué haces, Pepito? Él la miró y le dijo: “Leo mi libro de monitos”.

Un día Pepito vio que su hermano grande también tenía un libro. Lo agarraba con sus dos manos y movía la boca como si estuviera conversando con él, paseaba un dedo de lado a lado y a cada tanto sonreía. Se acercó, sigiloso, para oír lo que su hermano decía, y cuál fue su sorpresa, al darse cuenta de que ese libro, monitos no tenía. “¿Qué haces, hermano?”, preguntó Pepito. “Estoy leyendo poesía”. “¿Y por qué tu libro no tiene monitos?, quiso entender. “Porque no los necesita, las palabras son las que dicen lo que tengo que saber”. “¿Y qué son las palabras?”, preguntó Pepito. “Es lo que dicen los libros cuando los lees, lo que le dices la gente cuando les hablas”.

Pepito corrió a su habitación, trajo su libro y se lo dio a su hermano. “Yo también tengo un libro, pero no tiene palabras. Yo simplemente miro los monitos y sé de qué se trata”. “Pepito”, dijo su hermano”, los monitos están hablando. Y le mostró las figuritas que había en los globitos que flotaban sobre sus cabezas. “Pero tú eres muy chiquito y no puedes entender. Primero tienes que aprender a leer”. “¿Y qué están diciendo?”, quiso saber Pepito. Su hermano tomó el libro, lo leyó y le dijo: “Cosas divertidas. La vaca se come las flores que plantó el pato y su amigo, el ratón, lo encuentra muy gracioso, pero no puede ayudarlo porque el perro quiere jugar con la pelota”. “¡Yo quiero leer!” dijo, entusiasmado, Pepito. “Cuando vayas al colegio vas a saber” contestó su hermano, “¡no se aprende en una hora!”. Pero Pepito, no podía con las ganas: “¡Pero quiero leer ahora!”.

El hermano de Pepito fue por lápiz y papel y, cuando regresó, le dijo, “Yo te ayudaré a aprender”. Y escribió una eme bien grande y se la mostró. “Esta es la eme y se pronuncia



'mmm'. Luego escribió una a y le dijo, “Esta se pronuncia ‘aaa’. Y si las pones juntas se puede leer ‘ma’”. Pepito estaba emocionado, porque sabía que con eso casi podía decir mamá. “Y si escribes una eme y una a y luego otra eme y otra a, se puede leer ‘mamá’”. Pepito saltaba de alegría, porque eso ya lo sabía. Así que agarró el lápiz y el papel y se puso a escribir, emocionado, una y otra vez, las figuras que su hermano le había enseñado.

Los llamaron a comer y corrieron a la mesa. La cena estaba lista y Pepito no cabía en sí de la alegría que tenía, por haber logrado tal proeza. “Mira lo que me enseñó mi hermano”, le dijo Pepito a su madre y le entregó un papel. Ella se puso muy contenta y le dijo, “¡Qué palabra más bonita! Es la primera que te oí y la primera que te puedo leer”.

La comida estuvo rica y Pepito, muy contento, se fue a dormir. Quedaban muchas palabras nuevas y todo un mundo por descubrir.

3° Lugar: Atila, el devorador de Libros

Edelmira Huerta Calderón

Dependencia: Departamento de Educación – Secretaría Regional Ministerial de Tarapacá. I Región.

Esta es la historia de Atila, el Bulldog devorador de libros.

Puede que alguno de ustedes se pregunte, ¿que es un Bulldog...?; fácil, como la palabra en inglés lo dice, un Bulldog es un Bull: Toro, Dog: Perro, un “Perro-Toro”, si..., es un perrito que por sus características físicas se asemeja mucho a un Torito, de contextura fuerte, pesada y resistente, pero con la amabilidad y ternura de un eterno cachorro. Este Bulldog, era Atila.

Atila de pequeñito quiso conocer el mundo, él quería conocerlo y olisquearlo todo con su pequeña nariz achatada, pero su cuerpo pesado y lento, le impedía ir al paso de los otros perros; no podía correr largas extensiones como un Galgo (perro de carreras), tampoco podía subir y trepar cerros como un Pastor o un Ovejero y mucho menos nadar para cruzar mares y océanos como un Terranova o un Golden (perros muy ágiles en el agua). No obstante, su afán por ver más allá de lo que sus ojitos alcanzaban, lo llevó a encontrar en los libros su pasaje hacia todos los lugares del mundo. ¿Y cuando se dio cuenta de su gusto?...; fue una tarde de invierno que miraba placido y tranquilo un estante lleno de unas cosas cuadradas y otras alargadas que su Mamá humana tomaba entre sus manos y acariciaba; en un descuido, cuando Mamá fue por



un té a la cocina, Atila se acercó lentamente a una de esas cosas que estaba sobre la alfombra, lo olió con su curiosa nariz y mientras lo hacía, sintió que viajaba a otros lugares, sentía olores desconocidos, de paisajes nuevos, con gentes e historias nuevas; luego lo recorrió entero con su gran lengua húmeda, ¡... uufff..., que ganas de saber que había escondido en cada hoja de ese curioso elemento...!, cuando Mamá volvió de la cocina Atila estaba absorto en la adoración de este aparato que su Mamá llamó “LIBRO”; ella al verlo exclamó..., ¡Atilaaaa..., eres un verdadero “devorador de libros” mira como lo has dejado...!; él la miró con esos ojos tan dulces, con los que tan sólo saben mirar los perros y ella supo en ese momento que Atila quería aprender a leer, porque mediante esas letras unidas, que forman palabras él sabía que podía volar por el mundo y conocerlo todo y aprenderlo todo...; entonces su Madre humana lo acurrucó en su falda, le acarició su gran cabeza redonda y le dijo: *“pequeño mío, haz descubierto un secreto..., ahora sabes que la lectura y los libros son mágicos ya que cuando abres la tapa de un libro, es como abrir una puerta hacia un mundo nuevo; una vez que comiences a cruzar las puertas de la lectura, no podrás volver atrás, siempre querrás conocer más y aprender más sobre las cosas”*.

Pero algo debes tener en cuenta le dijo; *“los libros se deben leer poco a poco y con detalle; como eres un perro pequeño y aún no sabes que significan esos símbolos que se llaman LETRAS y que unidos forman las PALABRAS, primero aprenderás a leer imágenes, figuras, dibujos y fotografías, ellas con sus colores te irán relatando historias maravillosas”*. Atila la escuchó con atención e imaginó cuantas cosas misteriosas y desconocidas había al otro lado de cada portada de un libro y quiso aprender...

Desde esa tarde y cada tarde cuando Mamá volvía de la oficina, ella elegía un libro ilustrado, se sentaba junto a Atila y le leía, él miraba las imágenes y soñaba mundos al que sólo podía llegar abriendo esas puertas mágicas y maravillosas que tienen todos los libros. Y pensó sabiamente: *“cada vez que quiera algo aprender, un libro voy a leer”*.



Mención Honrosa: El perro que me enseñó a leer.

Jaime Ceballos Sanquea

Dependencia: Departamento Provincial de Educación, Iquique.

Hola, soy Gabriel, tengo diez años y no me van a creer lo que me pasó. Como casi siempre, este fin de semana fui con mi papá a playa Cavanha (la playa más linda de Chile, dice él, orgulloso), estábamos peloteando divertidamente, cuando de pronto mi papá chuteó tan fuerte, que el balón fue a dar cerca de un perro que dormía a pata suelta sobre la arena tibia.

Me acerqué a él con algo de miedo; lentamente tomé el balón y cuando estaba por retirarme, pasó algo extraordinario: el perro me habló. - *¿Sabes leer...?*, me preguntó. Yo quedé paralizado. No podía creer lo que oía. Entonces volvió a preguntarme;

- *¿Oye niño, sabes leer...?*

Como pude, y lleno de nervios le respondí; Sí, sí sé leer. Al perro se le abrieron enormes los ojos y se le alborotó la cola.

- *¿Me puedes enseñar a leer?*, volvió a preguntarme, ansioso.

Entonces con algo más de confianza, le dije; Pero si los perros no leen. Además, no es necesario que sepan leer. Entre molesto y sorprendido, me contestó;

- *Es que yo no soy un perro como los demás. Bueno, es verdad que soy un perro callejero, pero mi sueño es aprender a leer. Por ejemplo; ¿Qué dice ahí?* .

Y apuntó hacia un letrero que había sobre el pasto. Es fácil, le dije; Ahí dice “No tirar papeles al suelo”. Me miró asombrado y agitándose todo, exclamó;

- *¡¡Entonces los humanos no saben leer...!!*

Pero por qué dices eso, le dije. Él me contestó entristecido:

- *Porque la playa está llena de papeles, botellas y desperdicios...*

Y se alejó lentamente, como el sol, que justo a esa hora se ocultaba tras el horizonte de mi querido Iquique. Entonces pensé; Qué hermosa lección me ha dejado este sencillo perro.



Una cosa es juntar las letras y pronunciarlas. Pero leer comprensivamente y tomar conciencia del verdadero mensaje; eso es Leer de Verdad.

Me fui corriendo donde mi papá, que apoyado en una palmera, leía un libro de poemas. Se lo quité de las manos y le dije, riéndome; Yo Leo primero...!!

No sé si entendió el chiste, pero me abrazó cariñoso como siempre...

Mención Honrosa: Cuando las palabras comenzaron a hablar... Un cuento escrito por un(a) niñ@ como tú.

Claudia Godoy Orellana

Dependencia: Sub-Comité de Liderazgo para la Mejora Escolar, División de Educación General, Mineduc, Nivel Central. Región Metropolitana.

Cuando mi casa estaba en silencio, parecía que el mundo completo era mudo. Cuando no escuchaba a los adultos conversando, a los niños riendo, y a los perritos ladrando, parecía que el mundo callaba, y todo se tornaba aburrido. Cuando todo estaba silencioso, o los adultos estaban demasiado ocupados, sentía que el mundo era confuso y que no lograba comprender todo lo que sucedía a mi alrededor.

Por eso me gustaba preguntar “¿por qué?”, cada vez que un adulto estaba cerca de mí. A veces notaba que esa pregunta los ponía un poco nerviosos, porque ya no sabían cómo responder a mis preguntas y me decían: “¿y por qué crees tú que es así?”. No obstante, cuando me respondían, el mundo iba tomando nuevos significados para mí: por qué tenemos que almorzar, por qué se hace de noche, por qué tengo que usar zapatos, por qué hay que trabajar, por qué, por qué, por qué...

Y cuando no había nadie que pudiera responder a mis “por qué”, sentía que en mi interior se formaba un agujerito... y hasta me daba hambre. Pero era un hambre rara... como de querer saber más, y más, y más.

Un día conocí la escuela y en ella había una profesora muy animada, que siempre respondía a mis “por qué” (aunque a veces también me provocaba más hambre de saber cosas nuevas, igual como ocurría en mi hogar). Ella comenzó a enseñarnos cosas entretenidas como reconocer nuestro nombre, el sonido con que iniciaba una palabra, o rimas entretenidas que me encantaba repetir. Yo no entendía para qué estábamos aprendiendo esas cosas... hasta que,



poco a poco, empecé a reconocer varias palabras... a leer pequeñas frases... y a ¡entender qué significaban!.

¡Había aprendido a leer!

De pronto muchos de mis “por qué” tenían respuestas en cuentos, revistas, recetas de cocina, libros, chistes y ¡hasta en canciones!

De pronto el mundo ya no era mudo ni aburrido si había silencio, y el agujerito en mi interior se fue haciendo infinito, pero a la vez se llenaba de muchísimas ideas, conocimientos y curiosidades. Las palabras escritas en tantas partes, me hablaban: me recitaban poemas, me narraban historias, me hacían reír y hasta emocionarme. Me informaban qué había de comer, y hasta cómo llegar donde quisiera ir. Aprendí que, al leer, el mundo ya no era silencioso: ¡Hablaban donde hubiera algo escrito!

Aunque en mi hogar y en la escuela, siempre puedo preguntar “¿Por qué?”, al leer voy aprendiendo tantas cosas nuevas, que ahora puedo contestarle a otros cuando preguntan “¿Por qué?”